

pugnancia hacia aquel glacial agujero del antiguo comercio. Todas sus atenciones, su inquieta entrada, la fría acogida de sus parientes, el triste almuerzo bajo aquel día nublado, su espera en medio de la soñolienta soledad de aquella vieja y agonizante casa, se resumían en una sorda protesta, en un vivo deseo de luz y de vida. Y á pesar de su buen corazón se volvían sus ojos hacia *La Dicha de las Damas* como si sintiese la necesidad de templarse en el ir y venir de aquella gran venta.

— Ahí entra gente, al ménos — dijo sin pensarlo.

Pero se calló al apercibir cerca de ella á los Baudu. La señora Baudu, que había acabado de almorzar hacia rato, estaba allí, pálida siempre y con los ojos fijos en el monstruo; se resignaba, pero no sin que un sentimiento de desesperación muda hinchase sus párpados al verle siempre al otro lado de la calle. En cuanto á Genoveva, observaba con creciente inquietud á Colomban, quien, no creyéndose vigilado, estaba en éxtasis con las miradas puestas en las muchachas que despachaban las confecciones, y cuyo departamento se veía detras de los cristales del entresuelo. Baudu, con la cara desdeñosa, se limitó á decir:

— No es oro todo lo que reluce. ¡Paciencia!

Y apretaba los labios de miedo de estallar. La familia rechazaba evidentemente la ola de amargura que le subía á la garganta. Un sentimiento de amor propio les impedía descubrirse tan pronto delante de aquellos niños llegados por la mañana.

— Bueno — añadió Baudu — vamos á casa de Vinçard. Las plazas se ocupan, y tal vez mañana fuera tarde.

Hizo un esfuerzo y se sustrajo al espectáculo de la venta de enfrente. Pero ántes de salir ordenó al segundo dependiente que fuese á la estación en busca de la maleta de Dionisia, y la señora Baudu, por su parte, se encargó de cuidar de Pepé, añadiendo que aprovecharía un momento para llevarlo á la calle de Osties para ver á la señora Gras y entenderse con ella. Juan prometió á su hermana que no abandonaría la tienda.

— En dos minutos estamos allí — decía Baudu, bajando la calle Caillou con su sobrina. — Vinçard se ha creado una especialidad en sedas y aún hace negocio. Pasa trabajos, como todos, pero es un reposo que tiene una avaricia de perro. Creo que piensa en retirarse á causa de su reuma.

El almacén estaba en la calle Neuve-des-Petits-Champs, cerca del pasaje Choiseul. Era claro y estaba adornado con lujo entera-

mente moderno, poco amplio y pobre en géneros. Baudu y Dionisia hallaron á Vinçard en conferencia con dos caballeros.

— No hay que molestarse — dijo el pañero. — No tenemos prisa y esperaremos.

Y yéndose discretamente á la puerta, é inclinándose hacia la jóven, añadió:

— El flaco es segundo del departamento de sedas en *La Dicha de las damas* y el más grueso es un fabricante de Lyon.

Dionisia comprendió que Vinçard alababa su almacén á Robineau, el dependiente de *La Dicha de las damas*. Con aire franco y cara sonriente daba su palabra de honor con la facilidad de aquel á quien los juramentos no quitan el sueño. Según él, su almacén era una mina de oro, y en lo mejor de su arenga se interrumpía para quejarse de aquellos padecimientos suyos que le obligaban á renunciar á su suerte. Pero Robineau, nervioso y agitado, le interrumpió impaciente; sabía la crisis por que atravesaban las novedades, y citó una especialidad en sedas arruinada por la vecindad de *La Dicha*. Vinçard, enardecido, levantó la voz:

— ¡Pardiez! La ruina de ese necio de Vabre fué fatal.... Su mujer se lo comía todo. Además, aquí estamos á más de quinientos metros, mientras que Vabre estaba allí al lado de la puerta.

Gaujeau, el fabricante de sedas, intervino, y de nuevo bajaron la voz. Acusó á los grandes almacenes por arruinar la fabricación francesa. Tres ó cuatro hacen la ley y reinan como dueños sobre el mercado. Dejó entender que el único medio de combatirles era favorecer el pequeño comercio, las especialidades sobre todo, á las que pertenecía el porvenir. Ofreció en consonancia créditos á larga fecha á Robineau.

— Ya veis cómo se ha conducido *La Dicha* con vos. No se han estimado vuestros servicios, como si se tratase de una máquina. Se os prometió la plaza de primero hace tiempo, y Bouthemont, venido de fuera sin título alguno, se alzó con ella.

Todavía le dolía á Robineau aquella injusticia. Dudaba de establecerse, diciendo que el dinero no era suyo, sino de su mujer, que había heredado sesenta mil francos. Sentía escrúpulos ante esta suma, y decía que ántes se cortaría ambas manos que arriesgarla en negocios dudosos.

— No me decido — dijo al fin. — Dejadme tiempo para reflexionar, y ya volveremos á hablar de ello.

— Como queráis — repuso Vinçard ocultando su disgusto con

aire sencillo. — No tengo interes en traspasar, y sin mis padecimientos....

Y yéndose al centro del almacén exclamó :

— ¿En qué puedo servirlos, señor Baudu?

El pañero, que oía todo atentamente, presentó á Dionisia, contó lo que le pareció de su historia y dijo que habia trabajado dos años en provincias.

— Y como sé que necesitabais una buena oficiala, me dije que....

Vinçard afectó gran disgusto.

— ¡Oh! Esto es una jugarreta de la suerte. He buscado una oficiala durante ocho días, y no hace dos horas que he ajustado una.

Hubo una pausa. Dionisia parecia consternada. Entónces Robineau, que pareció mirarla con interes, apiadado sin duda por su aspecto modesto, se permitió intervenir.

— En nuestra casa creo que hace falta una en la seccion de confecciones.

Baudu dijo sin poderse contener :

— ¡En vuestra casa! ¡De ningun modo!

Y se quedó perplejo. Dionisia se puso escarlata. ¡Entrar en aquel almacén! Nunca se atreveria.... La sola idea la llenaba de orgullo.

— ¿Por qué no? — replicó Robineau sorprendido. — Yo creo que sería una suerte para esta señorita. Por mi parte le aconsejo que se presente mañana por la mañana á la señora Aurelia, la primera oficiala. Lo peor que puede suceder es que no haga falta.

Para ocultar su disgusto interior empezó el pañero á decir frases vagas. Conocía á la señora Aurelia y á su marido Lhomme, el cajero, un hombre grueso cuyo brazo derecho habia sido fracturado por un ómnibus. Luégo, volviéndose bruscamente á Dionisia, dijo:

— En fin, ése es negocio tuyo y no mio. Eres libre....

Y salió, despues de saludar á Gaujeau y Robineau. Vinçard le acompañó hasta la puerta, renovando el cuento de sus desdichas. La jóven se quedó en medio del almacén intimidada, deseando obtener del dependiente noticias más completas. Pero no se atrevió á preguntar; saludó sencillamente y dijo:

— Gracias, caballero.

En la calle no dirigió Baudu la palabra á su sobrina. Marchaba deprisa llevándola como á remolque. Iba á entrar en su casa, ya llegado á la calle de la Michodière, cuando un tendero vecino le llamó por señas desde su puerta. Dionisia se detuvo para esperarle.

— ¿Qué hay, padre Bourras? — preguntó el pañero.

Bourras era un viejo de cabeza bíblica, barbudo y de abundante melena, con dos ojos vivos bajo gruesas pestañas. Tenía comercio de bastones y paraguas, hacía composturas y esculpía él mismo los puños, lo que le habia dado cierto renombre artístico en el barrio. Dionisia ojeó la estantería de la tienda, en la que se alineaban los bastones y paraguas. Levantó la vista y se admiró de la casa: era una ruina cogida entre *La Dicha de las Damas* y un gran hotel Luis XIV, puesta no se sabe cómo en aquella hendidura estrecha, en el fondo de la cual se hundían sus dos pisos de poca altura. Sin los apoyos de ambos lados hubiera caído con sus techos carcomidos y su hendida fachada llena de grietas que rasgaban la muestra.

— Ya sabeis que escribí á mi casero á fin de comprarle la casa — dijo Bourras mirando fijamente al pañero con sus vivos ojos.

Baudu calló y se encogió de hombros. Hubo una pausa mientras se miraban con aire importante.

— Es preciso prevenirse para todo — murmuró al fin.

Bourras sacudió sus cabellos y su larga barba.

— Que compre la casa y la pagará cuatro veces más de lo que vale. Os juro que mientras yo viva no tendrá de ella ni una piedra. Mi arrendamiento durará aún doce años.... ¡Verémos!

Era una declaracion de guerra. Bourras se volvía hácia *La Dicha de las Damas*, que ninguno habia nombrado. Baudu movió silenciosamente la cabeza, atravesó la calle y entró en su casa con las piernas temblonas y murmurando:

— ¡Señor.... señor!

Dionisia lo oyó y siguió á su tío. La señora Baudu entró al mismo tiempo con Pepé, participando que la señora Gras tomara al niño cuando se quisiera; Juan habia desaparecido y su hermana se inquietaba. Cuando volvió con la fisonomía animada y hablando apasionadamente del boulevard, ella le miró con aire apenado que le hizo ruborizarse. Habian traído ya su maleta y quedó convenido que se acostarian en la buhardilla.

— ¿Qué hay de casa de Vinçard? — preguntó la señora Baudu.

El pañero contó su viaje en balde, añadiendo que habian indicado una colocacion á su sobrina, y tendiendo el brazo hácia *La Dicha de las Damas*, exclamó con un gesto de desprecio:

— ¡Ahí.... ahí enfrente!

Toda la familia puso mala cara. Por la noche, la primera mesa

era á las cinco. Dionisia y los dos niños se sentaron con Baudu, Geneveva y Colomban. Un mechero de gas alumbraba y calentaba el pequeño comedor, lleno del aroma de las comidas. Aquella fué silenciosa; á los postres, la señora Baudu, impaciente, abandonó la tienda para ir á sentarse junto á su sobrina, y entónces la ola contenida desde por la mañana saltó en duras increpaciones al monstruo.

—Ese es negocio tuyo, eres libre—repitió Baudu—no queremos obligarte á nada...

Con frases cortadas contó la historia de aquel Octavio Mouret.

¡Una suerte loca! Muchacho venido á Paris desde el Mediodía con la agradable audacia de un aventurero, y desde el siguiente día de su llegada tenía á su cargo mil historias de faldas, una explotación continua de la mujer, el escándalo de un delito *infraganti* del que áun se hablaba en el barrio. Luégo la conquista brusca é inexplicable de la señora Hédouin, que le llevó en dote *La Dicha de las Damas*.

—¡Pobre Carolina!—interrumpió la señora Baudu.—Era algo parienta mía. ¡Ah! si hubiese vivido, de otro modo irían las cosas; no dejaria que nos arruinasen. Él fué quien la mató, sí, sus construcciones. Un día al visitar las obras cayó en un agujero, y tres dias despues se moria. ¡Ella, que nunca habia estado enferma, tan tiesa, tan hermosa!... Hay sangre suya en las piedras de esa casa.

A traves de las paredes señalaba al gran almacen con su mano pálida y temblorosa. Dionisia, que escuchaba como quien escucha un cuento de hadas, tembló ligeramente. El miedo que en el fondo de su tentacion habia, era acaso producido por la sangre de aquella mujer, que creia ver sobre el enladrillado del sótano.

—Se diria que aquello le trajo la suerte—añadió la señora Baudu sin nombrar á Mouret.

Pero el pañero se encogió de hombros burlándose de aquellas supersticiones. Volvió á empezar su historia, explicando comercialmente la situacion. *La Dicha de las Damas* fué fundada en 1822 por los hermanos Deleuze. Al morir el mayor, su hija Carolina se casó con un fabricante de tejidos, Cárlos Hédouin; y al quedarse más tarde viuda, volvió á casarse, esta vez con Mouret. Aportóle la mitad del almacen. Tres meses despues murió sin hijos el tio Deleuze, de modo que cuando Carolina se dejó los huesos en aquellos cimientos, llegó Mouret á ser heredero único, y solo propietario de *La Dicha*. ¡Suerte increíble!

—Es un hombre emprendedor, un vividor peligroso que revolveria el barrio si le dejáran—continuó diciendo Baudu.—Sospecho que siendo Carolina un poco novelesca se encantó con los proyectos extravagantes de ese caballero. En un punto la decidió á que comprasen la casa de la izquierda, despues la de la derecha, y cuando se vió solo compró dos más, de modo tal que engrandeciéndose el almacen llegará á tragarnos á todos un dia.

Se dirigia á Dionisia, pero hablaba para sí más bien, por necesidad febril de satisfacerse con aquella historia que le dolia. En la familia él era el bilioso violento, siempre con los puños cerrados. La señora Baudu intervenia poco, inmóvil en su silla; Geneveva y Colomban, con la vista baja, comian distraidamente migajas de pan. Hacia calor en la pequeña habitacion, especie de bochorno que hizo dormir á Pepé sobre la mesa y cerró los ojos de Juan.

—¡Paciencia!—exclamó Baudu acometido de imprevista cólera;—acabará por comerse la gallina de los huevos de oro... ¡Sí, las gentes honradas arrolláran á la canalla, solamente cruzándose de brazos y esperando el golpe final! Mouret pasa una crisis, lo sé. Ha debido emplear sus ganancias en esas locuras de engrandecimiento y reclamo. Para encontrar capitales ha invitado á la mayoría de sus empleados á que depositen en su casa sus economías. Así está él hoy sin un sueldo, y si la venta no se triplica como cree, ya le veréis bajo la bancarrota. No soy malo, pero el dia en que esto suceda os doy palabra de honor de que pongo iluminaciones.

Prosiguió con tono vengativo, como si de la quiebra de *La Dicha de las Damas* dependiese la dignidad del comercio comprometida. ¿Se habia visto jamas aquello? ¡Un almacen de novedades en que se vende de todo, un bazar! Así el personal era un monton de pisaverdes que maniobraban como en una estacion, que trataban al género y á los clientes como si fuesen paquetes, intimidados por el jefe con una palabra, sin afecciones, sin arraigo, sin arte. Tomó á Colomban por testigo, sí, á Colomban, educado en la buena escuela, que llegó á saber poco á poco los perfiles del oficio. El arte no estaba en vender mucho sino en vender caro. Podia decir tambien cómo se le habia tratado, cómo habia llegado á ser de la familia, cuidado cuando caia enfermo, lavado y planchado, vigilado paternalmente, querido en fin.

—Cierto, cierto—decia Colomban á cada frase de su principal.

—Tú eres el último—dijo Baudu enternecido.—Despues de

ti, nadie. Tú me consuelas, porque si á ese embrollo le llaman comercio, prefiero no verlo, prefiero retirarme.

Miraba Genoveva al dependiente con la cabeza sobre el hombro como si su espesa cabellera negra pesase demasiado sobre su frente pálida. Había en su mirada deseo de ver si Colomban, trabado por el arrepentimiento, enrojecía bajo los elogios. Pero como hombre hecho á las marrullerías del negocio, guardaba su exterior tranquilo, su aspecto bonachon y su fruncimiento astuto en los labios.

Baudu siguió más alto, acusando á aquella tropa de enfrente, á aquellos salvajes que se hacían pedazos en su lucha por la vida, de intentar la destrucción de la familia. Citó á sus vecinos los Lhomme, padre, madre é hijo, los tres empleados allí, gentes sin hogar, siempre fuera, no comiendo en casa más que los domingos, haciendo vida de fonda. Su comedor no era grande ciertamente, y podía ser más claro y ventilado; pero al ménos su vida estaba allí, vivía entre la ternura de los suyos. Hablando recorría la pieza con la vista, y temblaba al pensar que aquellos salvajes podrían un día, si llegaban á arruinar su casa, desalojarle de aquel tabuco en que se abrigaba con su mujer y su hija. Á pesar de la seguridad que afectaba cuando anunciaba el golpe final, se sentía aterrado en el fondo y veía el barrio invadido y devorado poco á poco.

—No digo esto por retraerte—repuso tratando de calmarse.—Si en tu interés entra el colocarte ahí, yo seré el primero que te diga: hazlo.

—Lo creo, tío—repuso Dionisia aturdida y con el deseo de verse en *La Dicha*, á pesar de todo.

Baudu, con los codos sobre la mesa, la fascinaba con la mirada.

—Vamos á ver... Dime si es razonable que un simple almacén de novedades se ponga á vender no importa el qué. Antes, cuando el comercio era honrado, las novedades comprendían las telas, y nada más; pero ahora sólo se piensa en subir por encima de todos y comer con todo. Por eso se queja el barrio, porque las tiendas pequeñas comienzan á sufrir terriblemente. Este Mouret las arruina. Mira: *Bedoré y Hermanos*, la gorrería de la calle Gaillon, ha perdido la mitad de su parroquia. En casa de la señorita Tatiu, la lencera del pasaje Choiseul, han tenido que bajar los precios para sostener la competencia. El efecto de esta racha, de esta peste, se hace sentir hasta la calle Neuve-des-Petits-

Champs, de la que he dicho que los señores Vaupouille hermanos no podrán sostenerse. Lenceros que venden pieles, ¿eh? ¡Tiene gracia! Esa es otra idea de Mouret.

—¡Y hasta los guantes!—dijo la señora Baudu.—¿No es eso monstruoso? ¡Una sección de guantería! Ayer, cuando pasé por la calle Neuve-Saint-Augustin, vi á Quinette en su puerta con aire tan triste, que no me atreví á preguntarle cómo iba el negocio. Ese pobre Quinette se quedará, al fin, sólo con la limpieza de guantes.

—Y los paraguas también—siguió Baudu.—Esto es el acabado. Bourras está persuadido de que Mouret ha querido apurarlo, porque ¿á quién se le ocurre mezclar los paraguas con las telas? Pero Bourras es firme, y no se dejará acogotar. Me parece que nos reirémos un día de éstos.

Habló de otros comerciantes, pasando revista al barrio. Confesaba, á pesar suyo: si Vinçard traspasaba, las demás debían poner su barba en remojo, porque Vinçard era como los ratas, que huyen de la casa que va á desplomarse. Luégo hacía planes, entreveía una alianza del pequeño comercio para tener á raya al coloso. Dudó en hablar de sí propio con las manos agitadas y la boca contraída por un movimiento nervioso, hasta que, al fin, se decidió.

—Yo no me puedo quejar hasta ahora. Mouret no tiene aún más que telas de señora, telas ligeras para vestidos y paños fuertes para abrigo. Á mi casa vienen á buscar géneros de hombre, terciopelos de caza y gabanes, sin contar las franelas y muletines, de los que no tiene un surtido como el mío. Él ha creído quemarme la sangre poniendo la sección de pañería ahí enfrente. Ya has visto la estantería, enfrente de mi misma puerta. Pone ahí sus mejores confecciones entre pilas de paños, como un reclamo de titiritero para atraer á los niños. Á fe de hombre honrado, me avergonzaría de emplear semejantes medidas. Desde hace cerca de cien años es conocido *El Viejo Elbauf*, y no necesita poner en su puerta lazos para coger incautos. Mientras yo viva seguirá la tienda así, con sus cuatro muestrarios á derecha é izquierda, y nada más.

Toda la familia se emocionó. Genoveva se permitió hablar después de una pausa.

—Nuestra parroquia nos quiere, papá. Hay que esperar. Hoy han venido las señoras Desforges y Boves, y espero venga la señora Marty, á llevar franelas.

— Ayer recibí pedido de la señora Bourdelais — dijo Colomban. — En verdad que me habla de un *cheviot* inglés que dan ahí enfrente diez sueldos más barato que nosotros, y que es lo mismo que el nuestro, según parece.

— ¡Y decir — murmuró la señora Baudu con su voz cansada — que nosotros hemos conocido esa casa del tamaño de un pañuelo de bolsillo!... Cuando los Deleuze la fundaron, querida Dionisia, sólo tenían un escaparate sobre la calle Neuve-Saint-Augustin, en el que se apretaban dos piezas de indiana entre tres de percal. La tienda era tan pequeña, que no podía moverse uno en ella. En aquella época estaba *El Viejo Elbœuf* tal como le ves ahora. ¡Ah! ¡todo ha cambiado, todo!

Movió la cabeza. En sus palabras lentas palpitaba el drama de su vida. Nacida en *El Viejo Elbœuf*, llegó á querer hasta sus piedras húmedas; no vivía más que por él y para él. Frente á aquella su casa, en otro tiempo gloriosa, vió levantarse con no interrumpida tortura otra que, al pronto despreciada, fué luego igual en importancia, despues superior, y amenazadora por último. Era para ella una herida siempre abierta, muriendo lentamente con *El Viejo Elbœuf* humillado, viviendo aún en virtud del impulso recibido, pero presintiendo que la muerte de la tienda sería la suya, y que se extinguiría cuando la tienda se cerrara.

Quedaron todos silenciosos. Baudu repiqueteaba con los dedos sobre el hule. Experimentaba como una laxitud, como pesar de haberse desahogado. En el general disgusto toda la familia gustaba las amarguras de su historia. Jamas les había sonreído la suerte. Cuando estaban educados los niños y parecía soplar la fortuna, vino bruscaente la ruina con la competencia. Aún quedaba la casa de Rambouillet, aquella casa de campo, á la que pensaba retirarse el pañero desde hacía diez años. Una ganga, según decía; una finca que tenía que reparar á menudo, que se decidió á alquilar, y dió con inquilinos que no pagaban. Allí empleó sus últimas ganancias, en aquel vicio único que se permitió su probidad meticulosa de comerciante chapado á la antigua.

— ¡Ea! — dijo de pronto. — Estamos hablando de más, y hay que dejar la mesa á los otros.

Pareció despertar todo el mundo. El mechero de gas gemía en el ambiente adormecido y caliente de la pequeña salita. Todos se levantaron de golpe, rompiendo aquel penoso silencio. Pepé dor-

mía tan bien, que se estiró sobre unas piezas de muleton, y Juan, que bostezaba, se fué á la puerta de la calle.

— En suma, tú harás lo que quieras — repitió de nuevo Baudu á su sobrina. — Nosotros te informamos y nada más.... Tus asuntos son tuyos.

La obligaba con la mirada esperando una respuesta decisiva. Dionisia, más apasionada de *La Dicha de las Damas* con aquellas historias, en vez de arredrarse guardaba su aire tranquilo y dulce con la testaruda voluntad normanda en el fondo. Se limitó, pues, á decir:

— Verémos, tío.

Habló de irse á acostar temprano con sus hermanos, porque estaban cansadísimos. Pero aún no eran más que las seis y deseaban estar aún un poco en la tienda. Se hizo de noche: encontró oscura la calle mojada por una fina lluvia que caía desde que se puso el sol. Fué una sorpresa para ella: la calle estaba llena de charcos, corrían los arroyos de agua enlodada, barro espeso y pisado cubría las aceras. Veía el desfile confuso de los paraguas chocándose, semejantes en las tinieblas á grandes alas sombrías. Retrocedió en seguida, sintiendo frío y con el corazón oprimido ante la tienda mal alumbrada y lúgubre á tal hora. Un aliento húmedo, el aliento del viejo barrio, llegaba de la calle. Parecía que el gotear de los paraguas caía sobre los mostradores, y que el empedrado con su barro y sus charcos entraba enmohecido el piso bajo, blanqueado por el salitre. Se la aparecía la vision del antiguo París mojado, sintiendo asombro al contemplar la gran ciudad tan glacial y tan fea.

Pero al otro lado de la calle encendía *La Dicha de las Damas* sus largas filas de mecheros de gas. Se adelantó como atraída y templada por aquel foco de ardientes luces. La máquina seguía trabajando, arrojando vapor en un postrer rechinamiento, mientras los dependientes plegaban las telas y los cajeros contaban la venta. Era aquello, á través de los cristales, como un bullir vago de claridades, un interior confuso de fábrica. Tras la cortina de lluvia que caía tomaba aquella aparición el aspecto de un horno gigantesco en el que se veían pasar las negras sombras de los fogoneros sobre el rojo fuego de las hornillas. Los escaparates se mojaban, no distinguiéndose enfrente más que el nevado de los encajes, cuya blancura avivaban las bombas esmeriladas de la batería de gas. En aquel fondo de capilla se destacaban vigorosa-

mente las confecciones, y el gran abrigo de terciopelo guarnecido de zorro plateado semejaba el perfil de una mujer sin cabeza que corría á una fiesta en el incógnito de las tinieblas de París.

Dionisia cedió á la seducción y llegó hasta la puerta sin cuidarse de las gotas que la mojaban. Á aquella hora de la noche, con su brillar de horno, acabó de conquistarla *La Dicha de las Damas*. En la gran ciudad, negra y muda bajo la lluvia, en aquel París que desconocía, brillaba como un faro y parecía como la luz y la vida de la ciudad. Soñaba en su porvenir, en el continuo trabajo para educar á los niños, en otras cosas, no sabía cuáles, cosas lejanas que deseaba y temía á un tiempo mismo. La idea de aquella mujer muerta sobre los cimientos se la apareció; tuvo miedo pensando ver sangre en aquellas luces. Luégo la tranquilizó la blancura de los encajes: sintió brotar la esperanza en su corazón, mientras que la fina lluvia la refrescaba las manos y calmaba en ella la fiebre del viaje.

— Allí está Bourras — dijo detrás de ella una voz.

Se inclinó y vió al comerciante inmóvil en la esquina, delante del escaparate, en el que había visto por la mañana la ingeniosa construcción hecha con bastones y paraguas. El viejo de cabeza bíblica se había deslizado en la sombra para hartarse los ojos con aquella triunfante instalación, sin sentir que la lluvia le mojaba la cabeza y corría á lo largo de los cabellos.

— Va á coger una enfermedad — repitió la voz.

Al volverse vió Dionisia de nuevo detrás de ella á los Baudu. Á pesar suyo y haciendo lo mismo que Bourras, á quien encontraban tonto por esto, se ponían ante aquel espectáculo que les partía el corazón. Era una racha que había que aguantar. Genoveva, muy pálida, tenía la certeza de que Colomban miraba las sombras de las oficialas que pasaban detrás de los cristales del entre-suelo, y mientras Baudu se tragaba la ira, se llenaban silenciosamente de lágrimas los ojos de su mujer.

— Entonces..... ¿te presentarás mañana? — acabó por preguntar el pañero lleno de dudas, pero temiendo que su sobrina estuviere conquistada como todos.

Ella dudó un poco y dijo dulcemente:

— Sí, tío; á menos que esto os disguste.....

II

Al día siguiente, á las siete y media, se encontraba Dionisia delante de *La Dicha de las Damas*. Quiso presentarse ántes de llevar á Juan á casa de su maestro que vivía lejos, en lo alto del faubourg del Temple. Pero hecha á madrugar, había bajado demasiado pronto; apenas empezaban á llegar los dependientes, y temiendo ser ridícula, y llena de timidez, paseó un poco por la calle Caillou.

El viento frío había secado el piso. De todas las calles iluminadas por la pálida luz de aquel día plumizo, desembocaban á buen paso los dependientes con el cuello del gaban subido y las manos en los bolsillos, como sobrecogidos por aquel primer frío del invierno. La mayor parte iban solos y se hundían en el fondo del almacén, sin hablar ni mirar á sus compañeros; otros iban de dos en dos ó de tres en tres, hablando alto á lo largo de la acera, y todos con igual impulso, y ántes de entrar arrojaban en el arroyo su cigarro.

Dionisia notó que muchos de aquellos hombres la miraban al paso. Aumentó su timidez, y no sintiéndose con fuerza para seguirles, resolvió no entrar hasta que no cesase el desfile, ruborizándose á la idea de ser empujada en la puerta por tantos hombres. Pero el desfile continuaba, y para sustraerse á las miradas dió una vuelta por la plaza. Cuando volvió encontró plantado delante de *La Dicha de las Damas* un muchacho alto, pálido y desmadejado, que desde hacía un cuarto de hora parecía esperar como ella.

— Señorita — acabó por decir con voz balbuciente — ¿sois acaso oficiala en la casa?

Se quedó ella tan emocionada de oír que aquel muchacho desconocido la dirigía la palabra, que no supo qué responderle.

— Es que..... veréis..... — siguió él embrollándose más. — Ten-